

que le calmaba, desde que estaba cerca de ella. Se atrevió á mirarla, y se sintió emocionado por su fino perfil, su aire serio de muchacha aplicada. ¿Habría sufrido una pesadilla mientras estaba abajo? ¿Le vencería tan fácilmente?

—¡Ah!—exclamó cuando Martina le llamó para comer.—¡Tengo un hambre! ¡Vas á ver cómo rehago mis músculos!

Clotilde se adelantó alegremente para cogerle del brazo.

—¡Así, maestro! Es necesario ser dichoso y fuerte.

Pero por la noche, en su habitación, se produjo la agonía. A la idea de perderla, tuvo que hundir su rostro en la almohada para ahogar los gritos. Las imágenes se habían concretado; la vió en brazos de otro, haciéndole el don de su cuerpo virgen, y unos eclos atroces le torturaban. Jamás tendría el heroísmo de consentir en semejante sacrificio. Toda suerte de planes chocaban en su pobre cabeza febril: apartarla del matrimonio, guardarla á su lado, sin que ella sospechara nunca esa pasión; huir con ella, viajar de pueblo en pueblo, ocupar los cerebros de ambos en estudio sin fin para conservar su compañerismo de maestro y discípula.

ó también, si era necesario, mandarla con su hermano, del cual sería enfermera; perderla, antes que darla á un marido.

Y á cada una de estas resoluciones sentía desgarrársele el corazón entre clamores de angustia, en su imperiosa necesidad de poseerla por completo.

No le satisfacía ya su presencia: la quería para él, por él, en él, tal cual ella se le aparecía, radiante en la oscuridad de la alcoba, con su desnudez pura, cubierta únicamente con la ola de sus cabellos sueltos. Sus brazos sólo estrecharon el vacío; saltó del lecho, tambaleándose como un borracho, y sólo en la negra calma de la sala, al poner los pies desnudos sobre el suelo, despertó Pascual de aquella brusca locura. ¿Qué iba á hacer, santo Dios? ¿Iba á llamar á la puerta de aquella niña dormida, á derribarla de un puñetazo? La ligera y pura respiración que creyó oír en medio del profundo silencio le hirió el rostro, tumbándole como un aura sagrada. Y volvió á arrojarle sobre el lecho, presa de una crisis de vergüenza y de atroz desesperación.

Al día siguiente, cuando se levantó Pascual, quebrantado por el insomnio, estaba ya resuelto. Se dió la ducha de todos los

días, y se sintió fuerte y más sano. La determinación que acababa de tomar era la de obligar á Clotilde á empeñar su palabra de casamiento. Una vez que la joven aceptara formalmente la mano de Ramond, le parecía á Pascual que esta resolución irrevocable le aliviaría, haciendo imposible toda loca esperanza. Sería una barrera más, infranqueable, colocada entre él y ella. Entonces se encontraría él armado contra su deseo; y si continuaba sufriendo, sería sin la mezcla de temor horrible de convertirse en un hombre sin honor, de levantarse una noche para poseerla antes que el otro.

Aquella mañana, cuando Pascual trató de convencer á la joven de que no podía retardar más su contestación, que debía dar una respuesta decisiva al hombre que la esperaba desde hacía tanto tiempo, Clotilde, en el primer momento, pareció asombrarse. Miró al doctor frente á frente, al fondo de los ojos, y él tuvo el suficiente dominio sobre sí mismo para no turbarse; insistió sencillamente, aunque con tono triste, como si estuviese pesadoso al decir aquellas cosas. Por fin, Clotilde sonrió suavemente y volvió la cabeza.

—Maestro, ¿quieres, pues, que te abandone?

Pascual no respondió directamente.

—Querida mía, te aseguro que esto va resultando ridículo. Ramond tendrá derecho á incomodarse.

Clotilde se entretenía en ordenar los papeles de su pupitre. Después de una pausa, dijo:

—Es curioso que ahora estés al lado de mi abuela y de Martina, las cuales me persiguen para que me decida... y creí que podría aún disponer de algunos días. Pero, á la verdad, si me empujáis los tres...

No terminó la frase, ni él la incitó á explicarse más claramente.

—Entonces, ¿cuándo quieres que le diga á Ramond que venga?

—Puede venir cuando quiera; sus visitas nunca me han contrariado.

—No te preocupes de eso; yo le enviaré á decir que le esperamos una de estas tardes.

Al día siguiente se repitió la escena. Clotilde nada había hecho, y Pascual esta vez se mostró violento. Sufrió demasiado: tenía crisis de angustia cuando ella no estaba delante, para calmarle con su fresca sonrisa. La exigió, con palabras rotundas, que se condujese como muchacha seria, y no se

divirtiese más con aquel hombre de valer que la amaba.

—¡Qué diablo! Puesto que la cosa ha de hacerse, que sea de una vez. Te prevengo que voy á enviar un recado á Ramond, y que vendrá mañana á las tres.

Clotilde escuchó, con los ojos bajos, sin decir palabra. Ni el uno ni la otra parecían querer abordar la cuestión de saber si el matrimonio estaba resuelto; partían del supuesto de que existía una decisión anterior, irrevocable.

Cuando Pascual la vió levantar la cabeza, tembló; tuvo un presentimiento: la creyó dispuesta á decir que había meditado sobre el caso y que se negaba á aquel matrimonio. ¡Qué sería de él entonces; qué haría, Dios mío! Tan pronto le invadía una alegría inmensa como un espanto loco. Ella le miraba y sonreía, con aquella sonrisa discreta y tierna que siempre tenía en los labios, y respondió, como quien obedece:

—A tu gusto, maestro. Dile que venga mañana á las tres.

La noche fué tan abominable para Pascual, que se levantó tarde, dando por pretexto que había vuelto á sentir la jaqueca. No encontraba alivio más que con el agua helada

de la ducha. Luego, á las diez, salió, y habló de ir él mismo á casa de Ramond. Pero esta salida tenía otro objeto: sabía él que en casa de una prendera de Plassans había un corpiño de antiguo tejido de Alençon, una maravilla que aguardaba, para salir á luz, el capricho generoso de un amante; y en medio de las torturas de la noche se le ocurrió la idea de hacer un regalo á Clotilde, para que con ello adornase su vestido de boda.

Esta idea amarga, de engalarnarla él mismo, de embellecerla y ponerla hermosa para que hiciese á otro el don de su cuerpo, enternecía su corazón, agotado por el sacrificio.

Clotilde conocía el corpiño; lo habían visto juntos un día, y la joven quedó maravillada, soñando con ponérselo á la Virgen, una antigua virgen de madera, adorada por los fieles en San Saturnino.

La prendera lo entregó encerrado en una cajita que Pascual pudo ocultar al entrar, guardándola en un rincón de su *secretéer*.

A las tres se presentó el doctor Ramond, encontrando en la sala á Pascual y á Clotilde, que le esperaban, febriles, exageradamente alegres, evitando hablar de la visita. Hubo risas, una acogida excesivamente cordial.

—Encuentro á V. completamente restablecido, maestro—dijo el joven.—Nunca ha estado tan fuerte.

Pascual movió la cabeza.

—¡Oh, oh, fuerte! ¡Quizá! Sólo que el corazón no se porta bien.

Esta confesión involuntaria arrancó un movimiento á Clotilde, que miró á los dos hombres, como si, por la fuerza misma de las circunstancias los comparase uno con otro. Ramond tenía cara sonriente y altiva de médico guapo, adorado por las mujeres, con su barba y sus cabellos negros cuidadosamente peinados, en toda la brillantez de su juventud viril; mientras Pascual, bajo sus cabellos blancos, con su barba blanca, aquel vellón de nieve tan espeso aún, ostentaba la belleza trágica de los seis meses de torturas que había sufrido. Su faz dolorosa había envejecido algo, y no conservaba más que sus grandes ojos, oscuros, vivos, limpios, que seguían reflejando juventud. Pero en aquel momento, todos sus rasgos expresaban tal dulzura, una bondad tan exaltada, que Clotilde concluyó por fijar en él su mirada con ternura profunda. Hubo una pausa, un ligero escalofrío, que pasó por los corazones.

—Conque, hijos míos—continuó heroicamente Pascual—me parece que tenéis que hablar los dos... Yo tengo algo que hacer abajo; subiré pronto.

Y se fué, sonriendo.

Cuando quedaron solos, Clotilde, con gran franqueza, se aproximó á Ramond, tendiéndole las manos, y él las tomó entre las suyas, reteniéndolas mientras hablaban.

—Escuche V., amigo mío: voy á producirle una gran pena... No me la tome V. en cuenta, porque le juro que le profeso una amistad muy profunda.

Súbito, Ramond comprendió lo que el exordio quería decir, y se puso pálido.

—Clotilde, se lo suplico; no me conteste V.; tómese tiempo si todavía cree necesario reflexionar.

—Es inútil, amigo mío; estoy decidida.

Y le miraba con sus ojos sinceros, sin soltar las manos, para que Ramond notase que estaba serena y afectuosa.

El joven continuó, al cabo, en voz baja:

—Entonces ¿dice V. que no?

—Digo que no, y aseguro á V. que lo siento. No me pregunte V. nada; lo sabrá todo más adelante.

Ramond se había sentado desfallecido por

la emoción, que trataba de contener como hombre fuerte y equilibrado, cuyo aplomo no era posible quebrantasen los más grandes sufrimientos. Jamás ningún disgusto le había trastornado tanto. Quedó mudo, mientras Clotilde, en pie, continuaba:

—Y sobre todo, amigo mío, no crea que he coqueteado con V.... Si le di alguna esperanza, si le he hecho esperar la respuesta, es que, realmente, no veía claro en mí misma... No puede V. imaginarse la crisis por que he pasado: una tempestad, una caminata entre tinieblas, en las cuales apenas si empiezo á vislumbrar un rayito de luz.

Al fin, Ramond habló.

—Puesto que V. lo quiere así, nada interrogué... Bastará, por hoy, que conteste V. á una sola pregunta. No me ama V., ¿verdad?

Sin titubear, la joven respondió gravemente, con un cariño y simpatía profunda que endulzaba la franqueza de su respuesta.

—Es cierto, no le amo á V.; sólo siento por V. una afección sincera.

Ramond se levantó, y con un gesto contuvo las palabras de cortesía que Clotilde buscaba.

—Se acabó; no hablemos más de ello. Deseo que sea V. dichosa. No se preocupe V.

por mí. En este instante estoy como un hombre á quien se le hubiese caído la casa encima. Forzoso será que me libre de este peligro.

Una ola de sangre invadía su rostro pálido; se ahogaba, y tuvo que ir á respirar á la ventana. Luego volvió, con andar pesado, procurando recobrar su aplomo. Respiró fuertemente. En el silencio penoso que sobrevino, oyeron á Pascual que subía ruidosamente la escalera, para anunciar su vuelta.

—Le suplico á V.—murmuró rápidamente Clotilde—que no diga nada al maestro. No conoce mi decisión, y quiero decírsela yo misma, con paciencia, porque estaba empeñado en que se realizase este matrimonio.

Pascual se detuvo en el umbral. Venía tembloroso, sofocado, como si hubiese subido muy aprisa. Aún tuvo fuerzas para sonreír.

—Ea, chiquillos, ¿os habéis puesto de acuerdo?

—Sin duda—contestó Ramond tan emocionado como él.

—¿Queda, pues, decidido?

—Completamente—repuso á su vez Clotilde, que se sintió acometida de un gran desfallecimiento.

Pascual se adelantó, apoyándose en los muebles, y dejóse caer en su sillón, delante de la mesa de trabajo.

—¡Ah! ¡ah! ya veis que las piernas no están muy famosas. La culpa la tiene este vejancón de mi cuerpo. Pero el corazón está fuerte... Soy dichoso, muy dichoso, hijos míos; vuestra felicidad me ayudará á curarme.

Luego, después de algunos minutos de conversación, cuando Ramond se fué, Pascual volvió á turbarse, al verse solo con la joven.

—Está decidido, completamente decidido: ¿me lo juras?

—Absolutamente decidido.

Desde entonces ya no habló más; bajó la cabeza, tratando de repetir que se encontraba entusiasmado, que ahora iban las cosas derechas, y que al fin todos vivirían tranquilamente. Sus ojos se cerraron, y fingió dormir. Pero su corazón latía con violencia; sus párpados, obstinadamente apretados, retenían las lágrimas.

Aquella noche, hacia las diez, Clotilde bajó á dar una orden á Martina; Pascual aprovechó la ocasión para dejar sobre la cama de la joven la breve caja que contenía

el corpiño de encaje. Cuando Clotilde subió, Pascual se despidió de ella como siempre, y apenas habían transcurrido veinte minutos desde que había entrado en su cuarto, poniéndose en mangas de camisa, cuando estalló en la puerta una ruidosa algazara. Un puñito impaciente golpeaba la puerta, una voz fresca gritaba, riendo:

—¡Ven, ven á ver!

Pascual abrió, sin fuerzas para resistir á aquel llamamiento de la juventud, dominado por tanta alegría.

—¡Oh! ¡ven, ven á ver lo que ha puesto sobre mi cama un pájaro azul!

Y la joven le condujo á su cuarto, sin que él pudiese resistir. Estaban encendidas las dos bujías, y la antigua habitación, sonriente con su decorado de color rosa, descolorido y dulce, parecía transformada en capilla. Sobre el lecho, como vestidura sagrada ofrecida á la adoración de los creyentes, Clotilde había colocado el corpiño de antiguo punto de Alençon.

—¡No te puedes figurar!... Imagínate que al principio no reparé en la caja. Hago mis arreglos de todas las noches, me desnudo y al venir á acostarme veo tu regalo... ¡Ah! ¡qué sorpresa! ¡mi corazón

pegó un brinco. Comprendí que no podía esperar á mañana; me puse una saya y he corrido á buscarte...

Sólo entonces notó él que estaba medio desnuda, como la noche de la tempestad; cuando la había sorprendido robando sus legajos; y la joven aparecía divina con su fino y largo cuerpo de virgen, con sus piernas contorneadas, sus brazos flexibles, su torso delgado, de pechos menudos y fuertes.

Ella le cogió las manos, se las apretó entre las suyas pequeñas, acariciadoras, envolventes.

—¡Qué bueno eres; te doy las gracias! Una maravilla semejante, un regalo tan hermoso para mí, que no valgo nada!... Te has acordado: yo admiraba esta antigua reliquia de arte; te dije que sólo la Virgen de San Saturnino era digna de llevarla... ¡Estoy contenta, muy contenta! Porque, es verdad, soy coqueta, con una coquetería, ¿sabes? que desea á veces grandes locuras, trajes tejidos con rayos de sol, velos impalpables hechos con el azul del cielo!... ¡Qué hermosa estaré! ¡qué hermosa!

Radiante en su agradecimiento exaltado, se apretaba contra él, sin dejar de mirar el corpiño, obligando á Pascual á entusias-

marse con ella. De pronto le asaltó repentina curiosidad.

—Dime: ¿por qué me has hecho este regalo regio?

Desde que Clotilde había corrido á buscarle, con tal acceso de ruidosa alegría, parecíale á Pascual ser presa de un sueño. Sentía ganas de llorar por aquella gratitud tan tierna; y permanecía allí, sin el terror que creyó iba á experimentar, tranquilo, invadido por la alegría, como próximo á una gran felicidad milagrosa. La alcoba, donde él no entraba nunca, tenía la dulzura de los lazos sagrados que apagan la sed insaciable de lo imposible.

Sin embargo, su rostro expresó la sorpresa al oír aquello, y respondió:

—Ese regalo, querida, es para tus galas de boda.

A su vez, ella quedó un instante asombrada, como si no comprendiese. Luego, la sonrisa dulce y singular que tenía desde hacía algunos días, volvió á alegrar su rostro.

—¡Ah! es verdad—dijo—mi matrimonio!

Nuevamente quedó seria, y preguntó:

—¿Conque te desembarazas de mí, y por no verme más aquí tenías tanto empeño en

casarme?... ¿Sigues creyendo que soy tu enemiga?

Pascual notó que renacía la tortura, y sin mirar á la joven, queriendo ser heroico, dijo:

—¡Mi enemiga! sin duda, ¿acaso no lo eres? ¡Hemos sufrido tanto el uno por el otro en estos meses últimos! Vale más que nos separemos... Luego, yo ignoro lo que piensas; no me has dado la respuesta que esperaba.

En vano buscaba Clotilde la mirada del doctor; comenzó á hablar de aquella noche terrible, en que los dos habían ordenado juntos los legajos. Era verdad: en la conmoción sufrida por todo su ser, ella no le había dicho aún si estaba con él, ó contra él. Pascual tenía razón en exigir respuesta. Le cogió las manos, y le obligó á que la mirase.

—¿Y porque soy tu enemiga me rechazas?... Yo no soy tu enemiga, soy tu servidora, tu obra, y... ¿Entiendes? ¡Estoy contigo, para ti, sólo para ti!

El aparecía radiante; una alegría inmensa iluminaba el fondo de sus ojos.

—Me pondré esos encajes, si. Servirán para mi noche de boda, pues deseo estar be-

lla, muy bella para ti... ¡Pero no me has comprendido todavía! tú eres mi maestro, á ti es á quien yo amo...

Con gesto extraviado trató Pascual vanamente de hacerla callar.

Ella dió un grito.

—¡Eres tú el hombre á quien quiero!

—No, no, calla; me vuelves loco... Eres la prometida de otro, has empeñado tu palabra: felizmente esas locuras son imposibles.

—¡El otro! Le he comparado contigo, y te he elegido.. Le he despreciado, se ha marchado, y no volverá más... Quedamos los dos: yo te amo, tú me amas, lo sé bien, y yo me entrego á ti...

Pascual se estremeció en hondo escalofrío; no luchaba ya, arrastrado por el eterno deseo de abrazarla, de respirar en ella toda la delicadeza, todo el perfume de la mujer en flor.

—¡Tómame, puesto que me entrego!

No fué caída: la vida gloriosa les exaltaba. Se pertenecieron en medio de gran alegría. La vasta habitación, cómplice, con su mobiliario antiguo, pareció inundarse de luz. Pascual ya no sentía miedo, ni sufrimientos, ni escrúpulos: eran libres: ella se entre-

gaba, sabiéndolo, queriéndolo, y él aceptaba el don soberano de su cuerpo, como bien inestimable que había ganado con la fuerza de su amor. El lugar, el tiempo, las edades habían desaparecido. No quedaba más que la naturaleza inmortal, la pasión que posee y crea, la felicidad que quiere realizarse. Ella, deslumbradora y deliciosa, no exhaló más que el dulce grito de su virginidad perdida; y él, en un sollozo de arrebató, la estrechaba por completo, agradeciéndole, sin que ella pudiera comprenderlo, el haberle devuelto su cualidad de hombre.

Ambos permanecieron abrazados; anegados en éxtasis, divinamente alegres y triunfantes. El aire de la noche era suave, el silencio tenía una calma melancólica. Horas y horas fueron corriendo en aquella felicidad de saborear su propia dicha. De pronto, Clotilde murmuró al oído de Pascual, con voz cariñosa, palabras lentas, infinitas:

—¡Maestro, dil ¡Maestro, maestro!...

Y esta palabra, que Clotilde pronunciaba por hábito en otro tiempo, tomaba ahora significación profunda; se endulzaba y se prolongaba, como si expresara todo el don de su ser.

Repetíala ahora con fervoroso reconocimiento, como mujer que comprende y se somete. ¿Acaso no significaba tal suceso el vencimiento de la mística, la realidad consentida, la vida glorificada con el amor conocido y satisfecho?

—Maestro, maestro, esto viene de muy atrás; es necesario que te lo diga, que me confiese.... Ciertamente que yo iba a la iglesia por ser feliz. El mal estaba en que no podía creer; quise comprender demasiado, los dogmas sublevaban mi razón, el paraíso me parecía una puerilidad inverosímil... Sin embargo, creía que el mundo no se reducía a la sensación, que había un mundo desconocido que era necesario no olvidar; y esto, maestro, lo creo todavía: es la idea del más allá, que la dicha encontrada en tus brazos no podrá borrar... Pero esta necesidad de dicha, esta necesidad de ser feliz en seguida, de poseer la certidumbre, ¡cuánto me ha hecho sufrir! Si iba a la iglesia, era porque me faltaba algo que buscaba. Mi angustia estaba formada de irresistible afán de satisfacer mi deseo... Acuérdate de aquello que tú llamabas mi eterna sed de ilusión y de mentiras. Una noche, al aire libre, bajo un cielo estrellado, ¿te acuerdas? Yo sentía horror

hacia tu ciencia, me irritaba contra las ruinas de que sembraba el suelo, apartaba la mirada de las llagas espantosas que descubría. Yo quería, maestro, llevarte á la soledad, donde hubiésemos vivido ignorados, lejos del mundo, para vivir en Dios... ¡Ah! ¡qué tormento, tener sed, agitarse, y no quedar satisfecho!

Dulcemente, sin decir nada, él la besó en los ojos.

—Después, maestro, te acordarás — continuó Clotilde, con su voz ligera como un soplo—ocurió el gran choque moral, la noche de la tempestad, cuando me diste aquella lección terrible de vida, abriendo tus legajos delante de mí. Ya me lo habías dicho: "Conoce la vida, ámala, mírala tal cual debe ser vista.", ¡Y qué río espantoso y ancho, que corriendo á un mar humano, engrosado sin cesar, para el porvenir desconocido!.. Y mira, maestro, el trabajo sordo de mi cerebro partió de ahí. De ahí ha nacido, en mi corazón y en mi carne, la fuerza amarga de la realidad. Tan rudo fué el golpe, que en un principio quedé como aniquilada. Dejé de comprenderme á mí misma; guardé silencio, porque nada claro tenía que decir. Después, poco á poco, la evolución se produjo: última-

mente he tenido momentos de rebeldía, por no confesar mi derrota... Sin embargo, la verdad se apoderaba de mí cada vez más; sentía que tú eras mi maestro, que no había dicha fuera de ti, de tu ciencia y de tu bondad. Tú eras la vida misma, tolerante y amplia, que lo acepta todo, todo, por el único amor de la salud y del trabajo, creyendo en la obra del mundo, dirigiendo los sentidos míos hacia esa labor que hemos cumplido con pasión, encarnizándonos en vivir, en amar, en rehacer la vida, á pesar de nuestras abominaciones y miserias... ¡Oh! vivir, vivir. ¡La gran labor, la obra continuada que terminará algún día sin duda!

Pascual, siempre silencioso, sonreía, y la besó en la boca.

—Maestro, sí, te he amado siempre, te he amado desde el comienzo de mi juventud; creo que fué en la noche terrible cuando tú me marcaste y me hiciste tuya... ¿Recuerdas aquel abrazo violento, que casi me ahoga? Me quedó de él una herida, unas gotas de sangre en el hombro. Yo estaba medio desnuda; tu cuerpo parecía penetrar en el mío. Luchamos; tú fuiste más fuerte, y desde entonces sentí necesidad de apoyo. En un principio me creí humillada; luego he vis-

to que no era más que una sumisión infinitamente dulce... Siempre te sentí en mí. Tu ademán me hacía temblar á distancia, pues me parecía que me rozaba. Hubiese querido que volvieras á abrazarme, que me hubieses apretado hasta fundirme en ti para siempre. Y yo sabía, yo adivinaba que el deseo tuyo era el idéntico, que la violencia que me había hecho tuya te había hecho mío, que tú luchabas por no cogermé al pasar y guardarme para ti... Cuidándote cuando estabas enfermo, me satisfice algo. Desde ese momento lo comprendí todo. No volví á la iglesia, porque comencé á ser dichosa cerca de ti; tú te convertías en la verdad... Acuérdate; yo te había dicho á gritos, al aire libre, que faltaba algo á nuestra ternura, que estaba vacía, y que yo tenía necesidad de llenarla. ¿Qué podía faltarnos más que Dios, razón del mundo? Era, en efecto, el supremo poder, la entera posesión, el acto de amor y de vida.

Clotilde hablaba balbuceando, y Pascual sonreía de su victoria: volvieron á poseerse. La noche entera fué una beatitud en aquella alcoba feliz, embalsamada por la juventud y la pasión. Cuando despuntó el día, abrieron las ventanas para que la pri-

mavera entrase. El sol fecundante de Abril se elevaba en un cielo inmenso, de una pureza sin mancha; y la tierra, estremecida por el hervor de los gérmenes, cantaba alegremente el epitalamio de las bodas.

FIN DEL TOMO PRIMERO